

Presentación de 'El reencantamiento postmoderno', de Josep Otón, galardonado con el XXII premio de la Fundació Joan Maragall

Religión posmoderna

ORIOL DOMINGO

Barcelona

El siglo XX terminó con profecías sobre la muerte de Dios en el Occidente secularizado pero el siglo XXI vive el renacimiento del fenómeno religioso. Los discursos religiosos de la posmodernidad se basan en experiencias personales al margen de las estructuras confesionales y se dan en un mundo global.

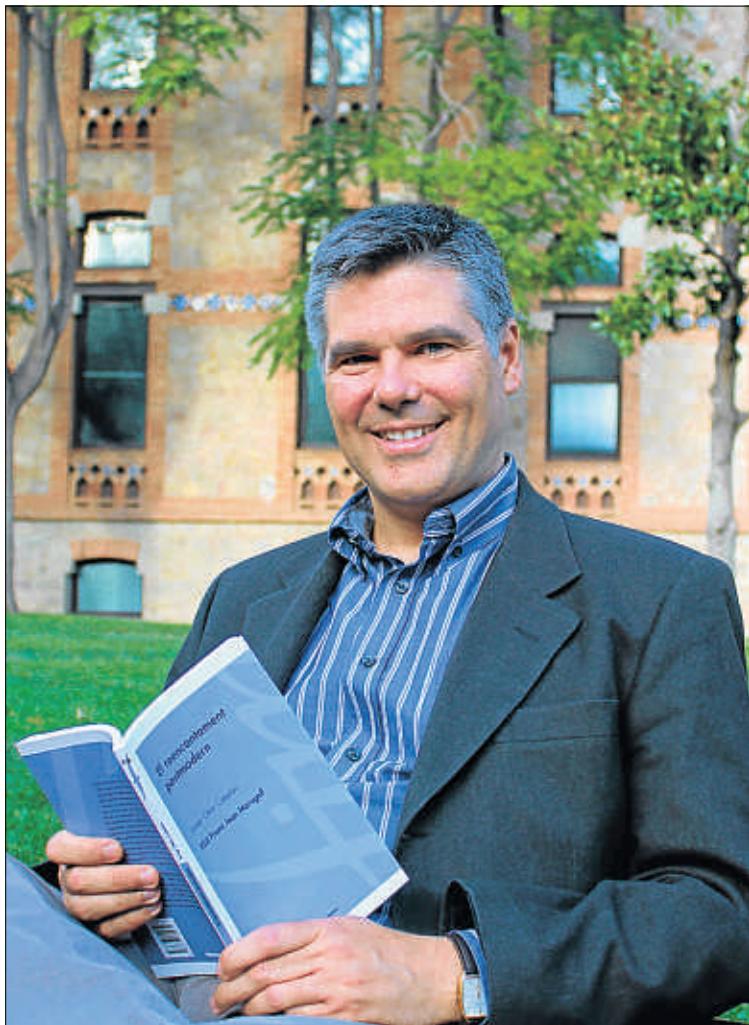
De eso trata *El reencantamiento postmoderno*, de Josep Otón, galardonado con el XXII premio de la Fundació Joan Maragall. La FJM sintoniza con el Atrio de los Gentiles impulsado por Benedicto XVI como espacio de convivencia y diálogo entre personas de diversas confesiones e ideologías. El libro de Josep Otón (Barcelona, 1963) se inscribe en estos parámetros.

Otón analiza la posmodernidad: "El impacto de la crítica

"Dialogar con las espiritualidades posmodernas no es traicionar la identidad cristiana"

moderna hacía prever la desaparición del hecho religioso. La fe parecía algo propio de otra época y que quedaría eclipsada por el progreso científico y las libertades democráticas. Pese a todas las reticencias, el cristianismo tuvo que adaptarse a los nuevos tiempos. Esto le permitió podar supersticiones y credulidades, pero condujo muchos creyentes a actitudes cercanas al deísmo".

Josep Otón ofrece consideraciones y propuestas desde una perspectiva cristiana. Deja constancia de que "el cristianismo se siente interpelado por este renacimiento de la espiritualidad". Advierte que los creyentes "no deben dejarse deslumbrar por los productos religiosos que, a menudo adulterados, se difun-



Josep Otón, autor de *El reencantamiento postmoderno*

den por Occidente gracias a un buen marketing". Afirma: "Dialogar con las espiritualidades posmodernas no es traicionar la identidad cristiana".

Otón se refiere a la expresión de la fe: "No debería dar miedo explorar nuevos lenguajes para expresar la fe y propiciar que las celebraciones fueran más vividas, festivas y participadas sin renunciar a la solemnidad". A lo que es sustancial: "El centro del mensaje del Evangelio es el compromiso con los más débiles". A la modernidad: "El cristianismo no puede renunciar a los avances de la modernidad".

Formula una referencia oportuna a Karl Rahner, uno de los más grandes teólogos del siglo XX: "Las espiritualidades alter-

nativas pueden ayudar al cristianismo a darse cuenta del valor de la experiencia espiritual y recuperar así el patrimonio místico conservado en su tradición. Hay que completar la intuición de André Malraux (el siglo XXI será místico o no será) con la correspondiente de Karl Rahner (el cristiano del siglo XXI será místico o no será)".

El reencantamiento postmoderno será presentado por Xavier Puigdollers (director general d'Afers Religiosos de la Generalitat), Brahim Yaabed (escritor i autor de *Entre imams i capellans*), Josep Maria Carbonell (presidente de la FJM) y Francesc Torralba (filósofo y teólogo). Será a las 19 horas del próximo miércoles, día 26, en la librería Claret.●

Albert Manent



Cuando estalló la Guerra Civil, el cardenal Francesc Vidal i Barraquer estaba en Poblet, adonde fueron a buscarle los anarquistas y le trasladaron a Montblanc. El conseller de Governació, Josep M. Espanya, y el de Cultura, Ventura Gassol, enviaron fuerzas de la Generalitat para rescatarlo. Instalado en Governació, el 30 de julio embarcó en un barco italiano.

En Italia, Vidal i Barraquer era espiado por la policía fascista y se refugió en Suiza. Enviaba dinero a Tarragona a través del llamado Consultorio Bibliográfico, en favor de la subsistencia de sus sacerdotes.

En julio del año 1937, el cardenal Vidal i Barraquer no quiso firmar la carta colectiva de los obispos españoles en favor de la Cruzada del general Franco.

Vidal i Barraquer participó en el intento de apertura para restablecer el culto en España a través del cardenal Verdier de París, de Josep M. Trias, de Unió Democrática y del ministro republicano Manuel de Irujo. Después del 13 de mayo de 1937 la tolerancia religiosa aumentó, pero había curas que no querían salir de la cárcel porque tenían miedo.

El cardenal no quiso firmar la carta de los obispos españoles a favor de la Cruzada

PALABRA Y VIDA

Lluís Martínez Sistach



Espiritualidad para un tiempo de crisis

El 10 de agosto de 1218, en la catedral románica de Barcelona, se celebró un acto que ha quedado grabado para siempre en la memoria de nuestra historia religiosa. Aquel día hicieron su profesión religiosa los primeros miembros de la orden de Nuestra Señora de la Merced, cuya fiesta celebramos mañana. San Per Nolasc, verdadero fundador de la orden, fue el primero en recibir el hábito como religioso y él mismo lo impuso a sus primeros compañeros. Los protagonistas, junto con Pere Nolasc, fueron el rey Jaume I, que puso a los primeros mercedarios bajo la protección de la corona catalano-aragonesa y les concedió el escudo de las cuatro barras catalanas, y el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, que les concedió llevar en su escudo la santa cruz, titular de la catedral barcelonesa.

Nació una orden religiosa, extendida hoy por todo el mundo, que ha dado lugar a una gran obra de redención de cautivos, con un espíritu profundamente cristiano que se ha ido adaptando a las nuevas necesidades de la redención de cautivos de las esclavitudes de todos los tiempos.

El pasado 17 de enero, el padre general de la orden invitaba a la familia mercedaria (la orden y las 13 congregaciones nacidas posteriormente que se inspiran en esta espiritualidad) a entrar en un "tiempo de Adviento", en la anhelante espera de la celebración de los 800 años de la constitución de la orden, que se cumplirán en el 2018. ¿Qué significación

puede tener para nosotros, cristianos de hoy, este recuerdo de un hecho de nuestra historia religiosa? La respuesta puede ser esta: ha de servirnos como invitación para trabajar, personal y colectivamente, por el bien de todos nuestros conciudadanos.

La presencia de los cristianos en la sociedad está impregnada de amor a las personas y a las instituciones. Nuestro amor al país y a la ciudad de Barcelona forma parte del amor al prójimo, que se encuentra en el núcleo mismo de la fe cristiana (el amor a Dios y el amor al prójimo como mandamientos inseparables) y no sólo en su dimensión individual, sino también en toda su realidad social.

La obra de la Merced, en el tiempo de su nacimiento, fue una iniciativa de una gran solidaridad con los miembros más necesitados de libertad de aquella sociedad. Pero la obra mercedaria no puede ser sólo entre nosotros una página ejemplar del pasado. Hemos de comprender y vivir esta espiritualidad mercedaria en estos tiempos de crisis económica, que pone a muchas personas y a muchas familias en la situación de no poder atender a sus necesidades más básicas. La presencia amorosa y solidaria de muchas personas de toda condición y religión, y también de muchos cristianos y cristianas, es por fortuna un hecho y un inequívoco compromiso a favor de la justicia y la solidaridad.

LL. MARTÍNEZ SISTACH, cardenal arzobispo de Barcelona

El cardenal Vidal i Barraquer (y 2)

Al final de la guerra, Vidal se sirvió de Salvador Rial, su vicario general, que viajó a Roma con un pasaporte de la República.

En 1939, cuando hizo gestiones para volver a Tarragona, se encontró el rechazo del régimen. El ministro Jordana dijo: "Se ha hecho incompatible en España". Roma no tuvo éxito en esta cuestión.

El 25 de noviembre de 1939, el cardenal se entrevistó con el Papa y le entregó un memorándum. Este documento decía: "Si es verdad que mucho han

hecho derogando la legislación laica y perseguidora, tal vez no sea exagerado decir que su religión consiste principalmente en promover actos aparatosos de catolicismo, peregrinaciones al Pilar, grandes procesiones, entronizaciones del Sagrado Corazón, solemnes funerales por los caídos con oraciones fúnebres. Organizan espectacularmente la asistencia a confirmaciones y misas de campaña, de las que se ha hecho un verdadero abuso".

El cardenal Vidal i Barraquer murió en el exilio, en 1943, en la cartuja suiza de Valsainte.

ALBERT MANENT, historiador